

Valores estéticos en la sociedad actual

No sé si como artista pintor y que como tal antepone "su realidad" a la palabra podré, hoy aquí, aportar algún pensamiento que merezca alguna consideración en este tema de los "valores estéticos en la sociedad actual".

Pienso y no estoy del todo seguro que si correctamente, que la estética es una rama de la filosofía, de lo que nosotros entendemos por teoría y que como tal, para un artista, es algo así como ese "fantasma" que se nos aparece en los sueños, una reflexión que diría a "toro pasado", es decir: una manera de valorar, de apuntar, de archivar, de situar lo que queda, lo que pasa "el examen" del tiempo como valor estético a algo que en su momento ha sido rompedor de moldes establecidos, que por establecidos pueden empezar a estar ya obsoletos porque habrá desaparecido eso que llamamos o que entendemos como "creación". Quiero decir por obsoleto cuando no queda más que lo "artesanal", el oficio, y el proceso se ha convertido en un sistema, no en la aventura ante "eso" que desconocemos a que todo proceso de creación está obligado.

Supongo que la valoración de esos valores estéticos está marcada por la razón, diría que por el pensamiento "en la razón" y la creación no deja de estar marcada por la sensibilidad, valor diría en el que la importancia de lo imprevisto e indeterminado en ese drama de la creación juega un importante papel.

El pintor actual, ante el lienzo, ante ese espacio en blanco, ante el vacío, actúa sin otra referencia que la del diálogo que intenta establecer entre él y ese soporte sobre el que sitúa y quizás deba partir a menudo de lo arbitrario para ir encontrando sentido a esa cierta imposibilidad de razonar marcada por la inmediatez de la ejecución, por la transformación de la materia en ese doble juego de "pensamiento en pintor", de "inteligencia de pintor" y lo artesanal, en lo que se entiende como oficio.

La reflexión, el valor estético, si se antepusiera a la pintura, sería lo que nos señalaría esos valores, que por señalados serían ya valores establecidos, esa estética ya aceptada pero y firmemente creo que, y aunque marcados evidentemente por nuestra propia historia, por nuestra sociedad, por lo que nos envuelve, por nosotros mismos, esa reflexión, nuestra reflexión, será la misma pintura, está siempre en el mismo acto de pintar y no antes. Será siempre la que nos obliga en ese gesto reflejo de nuestro propio saber, a valorar y a descubrir la entraña de la obra. Será, pues, ese mismo momento, ese tiempo de la pintura, en el que no solamente tienen importancia esa multitud de accidentes, de condiciones, en lo que lo imprevisto, lo indeterminado, comportará la reflexión en y sobre pintura y

JOAN HERNÁNDEZ PIJUAN

quedará para luego, para más tarde, cuando estas pinturas, estas obras, dejen de ser objetos de uso personal y sean expuestas, o sea, cuando empiecen, lentamente, a ser objetos de reflexión para la sociedad cuando quizás pueda empezarse a considerar ese o esos resultados como "valor estético", el considerar si abren o no nuevos caminos o nuevas dimensiones al pensamiento.

Pero también creo que no está en el ánimo primero del artista el crear ningún valor estético. El artista pinta y luego la obra será lo que sea y si es, se mantiene y queda alcanzará, en el tiempo, nuevas, variadas y hasta contrapuestas lecturas y podrá pasar de estéticas de lo feo a estéticas de lo bello. Dependerá del tiempo de asimilación, de lo que ocurra a su alrededor y de esa enorme multitud de factores que la rodean.

A partir de ahí, de la obra ya expuesta, cuando ya no pertenece sólo a su autor -y por ello el camino, el paso de objeto de uso personal a objeto con valor estético es lento- el espectador, la sociedad, siente, habitualmente, como una primera sensación de rechazo ante lo que ve como desconocido, a lo que rompe sus esquemas, a lo que rompe su idea de lo bello, de lo estético, sin tener en cuenta que la aportación del creador ante lo anterior es, así ha sido siempre y así debe de ser, tan natural como el mismo caminar.

El espectador, esa sociedad, sino forma parte de "esa" familia del artista, parte en un juicio primero de posturas de rechazo basadas en esa comodidad que da lo establecido, lo ya asimilado.

Diría que por ello cuesta mucho imponer esas "otras" visiones, máxime sino entran dentro de eso que llamamos "moda" y del "éxito" -entre comillas- multitudinario de las propuestas que miran atrás. Hablo de la dificultad de comprensión del trabajo basado normalmente en intercambiar, en dar otro sentido, otras tensiones a esas siete notas del pentagrama, a ellas y a sus espacios de silencio. Mostrar todo menos lo que hace que un cuadro sea bueno. Y los teóricos del arte enseñan, con demasiada frecuencia, el arte desde la diapositiva.

Así, pues, voy a dejar esta exposición aquí. Con ella no he pretendido más que reflexionar un poco sobre los motivos que me mueven como pintor y no sé si todo ello puede servir para algo o si les habré abierto a Vds. algún interrogante, algún punto que podamos discutir ahora en "vivo" sin los formalismos de toda explicación teórica. Vamos a ver si recuperamos la pasión.

Muchas gracias.

Joan Hernández Pijuan
Madrid, 1997